

*¡La
aventura
continúa!*

JAY JAY BURRIDGE

SUPERSAURS

EL TEMPLO DE LOS SAURIOS

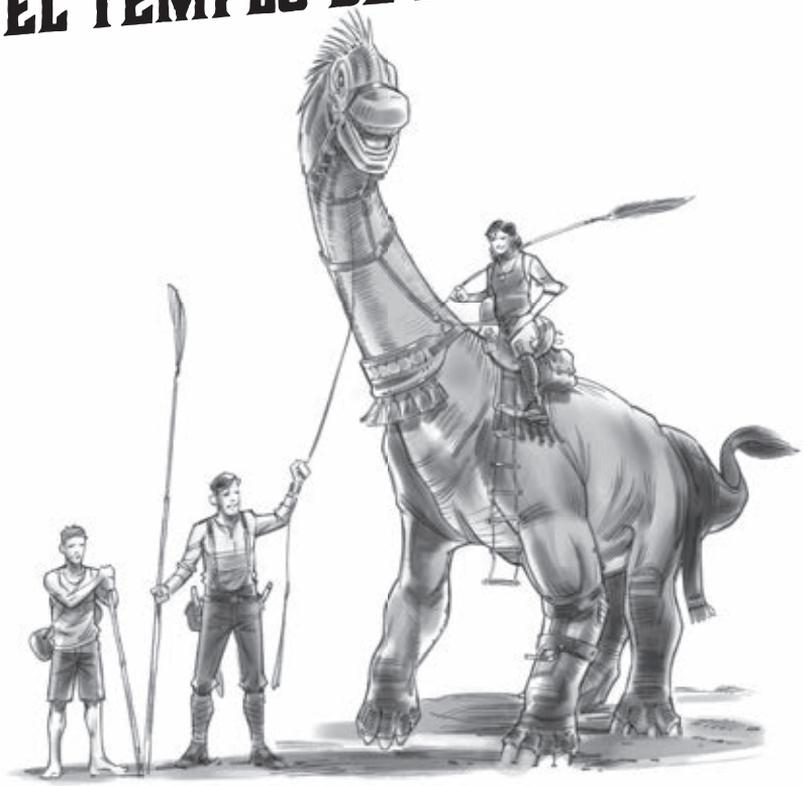
LIBERA A LOS SAURIDS
**SUPER
SAURS**
con la app gratuita

DESTINO

JAY JAY BURRIDGE

SUPERSAURS

EL TEMPLO DE LOS SAURIOS



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The World of Supersaurs. Temple of the saurs*
© del texto y de las ilustraciones: Supersaurs Limited, 2019
Ilustraciones de Chris West y Jay Jay Burridge
Reservados los derechos morales del autor y del ilustrador.
Publicado originalmente en inglés por Supersaurs, un sello de Bonnier Zaffre, Londres
www.supersaurs.com
© de la traducción: Andrés Rus Sánchez, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: junio de 2019
ISBN: 978-84-08-20976-8
Depósito legal: B. 9.569-2019
Impreso en España – *Printed in Spain*
El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





Grace y Franklin

~ dos mitades de una misma cosa ~

Koto Lama, Wokam, islas Aroe
Provincia de las Molucas, Indonesia Oriental, 1921

Franklin Kingsley se despertó sobresaltado entre una maraña de viejas redes de pesca tendidas para secarse bajo la choza. Su muy gastada hamaca había acabado por ceder, dando por terminada de forma abrupta su siesta de media mañana.

—Frank, ¿estás despierto? —preguntó Grace desde el interior.

—Ahora sí —respondió él saliendo de las sombras y rodando sobre la arena caliente.

—Bien... —replicó ella sonriéndole—. Yo ya casi he terminado. Deberíamos ir al encuentro de Lambert, ¿no?



Su marido miró el reloj y se sacudió la modorra rápidamente.

—Sí, será mejor que nos demos prisa —afirmó desatando el desven-
cijado catre e inspeccionándolo unos segundos—. He de pasarme por la
tienda de suministros y hacerme con una nueva antes de salgamos de
viaje.

—Espera un momento. Tengo que dar de comer al niño; además,
quiero que se seque esta acuarela —respondió Grace colocando su cua-
derno a la luz del sol.

—¿Qué estás dibujando? ¿A Carter?

—Sí. He estado coloreando algunos bocetos antiguos mientras él
dormía.

Acto seguido, Grace contempló su trabajo unos instantes y pasó la
mano por encima para comprobar si era ya seguro cerrar las páginas. En
efecto, las manchitas de color acababan de deshumedecerse del todo.

—¿Está todo empaquetado? Recuerda, tenemos que viajar ligeros...
—dijo él recogiendo su macuto y, al encontrarlo un tanto pesado, sacó
de su interior el diario a medio completar con la cubierta de cuero que
contenía todas sus notas de los meses recientes—. Como no es una ex-
pedición muy larga, me llevaré el bloc pequeño y guardaré este aquí.

A continuación, comenzó a hojear las páginas hasta detenerse en la
última entrada y la leyó de nuevo; luego, la metió dentro de la vieja mo-
chila de pesca que su gran amigo Theodore le había regalado. Al final,
introdujo la bolsa en el baúl, colocado de forma vertical, que se disponían
a dejar tras ellos.

Grace, por su parte, limpió el pincel mojado con un trapo y cerró su
estuche de acuarelas; acto seguido, junto con el resto de utensilios de di-
bujó y el enorme cuaderno, volvió a meterlo dentro del arcón.

Carter gorgoteó y agitó los brazos hacia su padre.

—Ya está, ya está, pequeñín —le susurró Franklin a su hijo.

—Pásamelo —le pidió su esposa tomando asiento en la mecedora de Jara—. Y háblame de ese guía al que has encontrado.

—Lo más curioso de todo es que ha sido él quien me ha encontrado a mí —contestó su marido haciendo una pausa antes de continuar—. Vino andando directo hacia mí y me dijo: «Puedo llevarte hasta el sitio que estás buscando». Así de simple.

Ella torció el gesto.

—Y ¿crees que de verdad puede hacerlo? Me suena a que lo que le interesa es el dinero.

Franklin negó con la cabeza.

—No nos va a cobrar.

—¿En serio? Y ¿cómo sabía que necesitabas un guía?

Su marido se encogió de hombros.

—Cuando le pregunté por los saurios que podríamos ver, me sonrió de oreja a oreja y me contestó: «Primero vamos a hallar ese arcoíris tras el que andáis».

—¿Arcoíris? Eso no es un raptor del paraíso, que yo sepa.

—Eso mismo le dije yo. Entonces, me comentó que, en realidad, se trata de un árbol.

Grace se quedó quieta de pronto.

—¿Por qué diría eso? ¿Cómo sabe él que estamos buscando uno de los templos?

Su marido se encogió de hombros otra vez.

—Como te he dicho, fue él quien me encontró a mí. Es de lo más extraño. Creo que lo mejor es seguirle la corriente. No es la primera ocasión en la que nos topamos con este tipo de coincidencias o de buena suerte, ¿no es cierto?

Franklin alzó la vista hacia su esposa.

—Tienes razón. Pero ¿crees que deberíamos dejar a Lambert venir

con nosotros? Esta expedición se está volviendo demasiado numerosa, ¿no te parece?

—Lambert es inofensivo. Simplemente está muy interesado en el tema.

—Pero apenas lo conoces —protestó Grace—. ¿Estás seguro de que es de confianza? Él no es Theo, ya lo sabes.

—¿Por qué no? No veo qué daño puede hacernos. Parece un tío interesante. Yo me alegro bastante de que haya decidido apuntarse, así tendré alguien con quien conversar acerca de la verdadera razón de nuestra estancia aquí.

—No le habrás contado todo, ¿verdad?

Franklin suspiró y admitió a continuación:

—Bueno, es posible que le haya hablado de más, pero no le he mencionado nada en absoluto sobre el templo de los hombres saurio que andamos buscando.

—Y ¿qué pasa si no lo encontramos, Franklin? —preguntó Grace al tiempo que Carter eructaba y soltaba un hilillo de leche por la boca.

Su marido sonrió.

—No te preocupes, lo encontraremos y, con un poco de suerte, también a alguno de esos esquivos raptos del paraíso que te mueres por ver. No tengo duda alguna al respecto. Oye, por cierto, ¿has terminado la carta para Bea? La llevaré a la oficina de correos antes de irnos.

—Solo me queda firmarla —murmuró ella con un suspiro conforme contemplaba con amor el rostro feliz de su bebé mientras lo amamantaba—. La echo tanto de menos... Habrá crecido ya, ¡apenas la reconoceré cuando regresemos!

—Está en buenas manos con Bunty —le aseguró él—. ¡Lo que se van a sorprender ambos cuando se enteren de lo de Carter! Espero que no le disguste la idea de tener un hermanito.

—Las sorpresas son la mejor parte de la vida —replicó Grace con una sonrisa—. Es bueno no saber nunca lo que se encuentra a la vuelta de la esquina. Te mantiene alerta.

* * *

Mientras Franklin cargaba el equipaje en un quilos joven que les habían prestado, Jara llamó a la puerta de la cabaña y dijo:

—Tengo la pluma que me pediste para enviar a tu hija.

—Ay, Jara, es maravillosa, muchas gracias —respondió Grace—. A Bea le va a encantar. Quizá, algún día, ella pueda ver con sus propios ojos a su dueño legítimo, un raptor del paraíso. Yo me muero de ganas de hacerlo.

—Grace —se atrevió a decir la mujer—. No quiero ser entrometida, pero me encontraba antes fuera de la choza reparando una red de pesca y te oí mencionar que estabais buscando un templo en la selva. ¿Es eso cierto?

—No tienes por qué disculparte, Jara —replicó Grace con una sonrisa—. ¡Yo hasta oigo lo que dice la gente en la otra punta del pueblo!

—Ya... Verás, es que no hay templos en esta isla —dijo Jara con voz preocupada—. Y, luego, otra cosa: esta pluma es lo más cerca que uno puede aproximarse a un raptor del paraíso. ¿De verdad quieres ir?

—No lo sé. Siento que ese es nuestro destino —contestó Grace tratando de encontrar las palabras idóneas para explicarse y encogiéndose de hombros con una nueva sonrisa.

—Bueno, haz lo que debas. Aquí estaré cuando regreséis. Espero que halléis lo que estáis buscando. Mira, también te he traído este atadillo para llevar envuelto al bebé. En cuanto hayas terminado, te mostraré cómo usarlo.

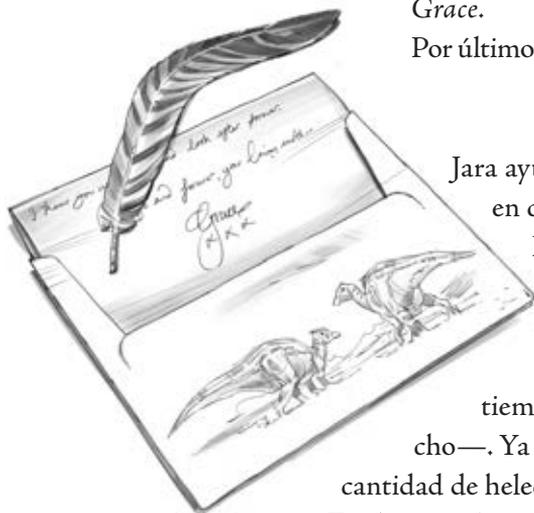
—Gracias, Jara. No sé qué habría hecho sin tu ayuda.

Nada más salir su anfitriona corriendo por la puerta, ella se quedó observando la pluma de colores y suspiró. Pronto estaría de vuelta en casa y podría abrazar a sus dos hijos, así que sería mejor contarle a Bea lo de Carter en persona. De momento, se limitó a firmar:

Siempre y por siempre, tu madre, que te quiere,

Grace.

Por último, metió la pluma en el sobre y lo cerró.



Jara ayudó a Grace a ajustarse la envoltura en cuyo interior descansaba Carter con las piernas dobladas. Franklin, por su parte, se hallaba acabando de apretar las correas del quilos.

—*Junti* —le dijo al saurio al tiempo que tiraba del extremo del cincho—. Ya has comido suficiente. Además, hay cantidad de helechos dentro de la jungla.

Tardaron siglos en recorrer la corta ruta, que discurría paralela a la línea de playa, hasta Koto Baru, el Pueblo Nuevo. Desoyendo el consejo de su amo, el animal no paró de detenerse para comer, y Grace se vio obligada todo el rato a reacomodarse el embalaje de tela que sostenía al pequeño Carter.

Finalmente, el trayecto fue llenándose, poco a poco, de chozas y de gente, y llegaron a su destino. Después de estar unos minutos descansando a la sombra de un gran cartel de madera que había junto al muelle, fueron abordados por dos hombres.

—Usted debe de ser la encantadora señora Kingsley —susurró Lambert inclinándose ante Grace.

—Vizconde Knútr —respondió ella—. Un placer conocerlo.

—Por favor, llámeme Lambert —replicó él con una sonrisa—. Permítame presentarle al señor Christian Hayter, un asociado mío con amplia experiencia en el manejo de saurios. Será un guía de lo más adecuado para nuestro periplo por la jungla.

—Encantado —lo saludó Franklin estrechándole la mano al hombre.

—Lo mismo digo —contestó Hayter antes de hacer un gesto de asentimiento en dirección a Grace.

—Un instrumento bastante terrible el que tiene ahí, señor Hayter —comentó ella al percatarse de que su interlocutor tenía la otra mano apoyada en el mango del agujijón, el cual llevaba atado al cinto.

—Es muy útil —respondió este con brusquedad.

—Me temo, no obstante, que no necesitaremos de sus servicios, señor Hayter. Apreciamos su ofrecimiento, Lambert, pero ya tenemos un guía. Se llama Kunava, un lugareño que conoce bien el interior de la isla.

—Excelente, excelente —contestó el señor Knútr—. Pero ¿y si usamos a ambos? Su amigo, el señor Kunava, puede mostrarnos el camino, y el señor Hayter, aquí presente, sacarnos de cualquier problema que pueda surgir. ¿Qué me dice?

—No nos meteremos en ningún problema —replicó Franklin cortésmente.

—Aun así... —insistió Lambert con la misma educación y una sonrisa de oreja a oreja—. Grace, confío en que nos acompañe.

—Por supuesto —respondió ella—. Me muero de ganas de emprender la marcha.

—¡Ha sido imposible convencerla de lo contrario! —exclamó su marido echándose a reír.

—¿Y el chico? ¿El pequeño Carter? —preguntó el señor Knútr con curiosidad.

—Nunca lo dejaría aquí —afirmó Grace.

Franklin suspiró. Sabía de la exigencia que entrañaba la ruta y quería que su valiente esposa descansara más de lo que lo había hecho desde el nacimiento del bebé; sin embargo, también era consciente de la importancia de ese viaje para ella.

—Por supuesto, por supuesto —replicó Lambert sonriéndole a Grace y, luego, volviéndose hacia Franklin—. Razón de más para que llevemos dos guías. Cuantos más mejor, ¿verdad, Hayter?

Este cambió de postura y se cruzó de brazos.

—Lo que usted diga, jefe.

—Bah, no hay necesidad de que me llame de ese modo. Estamos entre amigos —dijo Lambert dirigiéndole una rápida mirada a su ayudante y observando, acto se-



guido, a su alrededor—. Y bien, ¿dónde está ese nativo suyo, Franklin? ¿Se habrá quedado, tal vez, dormido?

—Kunava se reunirá con nosotros a la entrada de la jungla —aseguró Franklin—. Si no les importa, iremos antes de salir a la oficina de correos. A nuestra hija le va a encantar recibir una carta de sus padres.

—Por supuesto —respondió el señor Knútr.

En cuanto la pareja con su retoño hubo pasado por delante de los quilos y se hubo alejado, el vizconde reculó unos pasos hacia Hayter.

—Ya nos preocuparemos del holandés a la vuelta del viaje —le susurró en voz baja a su ayudante, haciendo que este asintiera de forma cómplice—. Bien. Y asegúrate de que esa carta no sale de la isla.

